

petos, ni se cumplen palabras, ni guardan obligaciones; y así no había para qué fiarse en las pocas ó ninguna en que Policarpo les estaba. En resolución, quedaron los tres de acuerdo que Mauricio buscara un bajel de muchos que en el puerto estaban, que los llevase á Inglaterra secretamente, que para embarcarse no faltaria modo conveniente, y que en este entre tanto no mostrase ninguno señales de que tenían noticia de los disimios de Policarpo. Todo esto se comunicó con Auristela, la cual aprobó su parecer, y entró en nuevos cuidados de mirar por su salud y por la de todos.

CAPITULO IX.

Da Clodio el papel á Auristela: Antonio el bárbaro le mata por yerro. De la enfermedad que sobrevino á Antonio el mozo.

Dice la historia, que llegó á tanto la insolencia, ó por mejor decir, la desvergüenza de Clodio, que tuvo atrevimiento de poner en las manos de Auristela el desvergonzado papel que le había escrito, engañada con que le dijo que eran unos versos devotos, dignos de ser leídos y estimados: abrió Auristela el papel, y pudo con ella tanto la curiosidad, que no dió lugar al enojo, para dejalle de leer hasta el cabo: leyóle en fin, y volviéndole á cerrar, puestos los ojos en Clodio, y no echando por ellos rayos de amorosa luz como las mas veces solia, sino centellas de rabioso fuego, le dijo: Quitátame de delante, hombre maldito y desvergonzado, que si la culpa deste tu atrevido disparate entendiera que había nacido de algun descuido mio, que menoscabara mi crédito y mi honra, en mí misma castigara tu atrevimiento, el cual no ha de quedar sin castigo, si ya entre tu locura y mi paciencia no se pone el tenerte lástima. Quedó atónito Clodio, y diera él por no haberse atrevido la mitad de la vida, como ya se ha dicho; rodeáronle luego el alma mil temores, y no se daba mas término de vida que lo que tardasen en saber su bellaquería Arnaldo ó Periandro, y sin replicar palabra bajó los ojos, volvió las espaldas, y dejó sola á Auristela, cuya imaginación ocupó un temor no vano, sino muy puesto en razón, de que Clodio desesperado había de dar en traidor, aprovechándose de los intentos de Policarpo, si acaso á su noticia viniese, y determinó darla de aquel caso á Periandro y Arnaldo: sucedió en este tiempo que estando Antonio el mozo solo en su aposento, entró á deshora una mujer en él, de hasta cuarenta años de edad, que con el brio y donaire debía de encubrir otros diez, vestida no al uso de aquella tierra, sino al de España; y aunque Antonio no conocía de usos, sino de los que había visto en los de la bárbara isla donde se había criado y nacido, bien conoció ser extranjera de aquella tierra.

Levantóse Antonio á recibirla cortesmente, porque no era tan bárbaro que no fuese bien criado; sentáronse, y la dama (si en tantos años de edad es justo se le dé este nombre), despues de haber estado atenta mirando el rostro de Antonio, dijo: Parecerte ha novedad, ó mancebo, esta mi venida á verte, porque no debes de estar en uso de ser visitado de mujeres, habiéndote criado, segun he sabido, en la isla bárbara, y no entre bárbaros, sino entre riscos y peñas, de las cuales, si como sacaste la belleza y brio que tienes, has sacado tambien la dureza en las entrañas, la blandura de las mias temo que no me ha de ser de provecho; no te desvíes, sosiégate y no te alborotes, que no está hablando contigo algun

monstruo ni persona que quiera decirte ni aconsejarte cosas que vayan fuera de la naturaleza humana; mira que te hablo español, que es la lengua que tú sabes, cuya conformidad suele engendrar amistad entre los que no se conocen; mi nombre es Cenotia, soy natural de España, nacida y criada en Alhama, ciudad del reino de Granada, conocida por mi nombre en todos los de España, y aun entre otros muchos, porqué mi habilidad no consiente que mi nombre se encubra, haciéndome conocida mis obras; salí de mi patria habrá cuatro años, huyendo de la vigilancia que tienen los mastines veladores, que en aquel reino tienen del católico rebaño; si estirpe es agarena, mis ejercicios los de Zoroastres, y en ellos soy única: ¿ves este sol que nos alumbró? pues si para señal de lo que puedo quieres que le quite los rayos y le asombre con nubes, pídemelo, que haré que á esta claridad suceda en un punto oscura noche, ó ya si quisieres ver temblar la tierra, pelear los vientos, alterarse el mar, encontrarse los montes, bramar las fieras, ó otras espantosas señales que nos representen la confusion del caos primero, pídelo, que tú quedarás satisfecho y yo acreditada. Has de saber ansimismo que en aquella ciudad de Alhama siempre ha habido alguna mujer de mi nombre, la cual con el apellido de Cenotia hereda esta ciencia, que no nos enseña á ser hechiceras, como algunos nos llaman, sino á ser encantadoras y magas, nombres que nos vienen mas al propio: las que son hechiceras nunca hacen cosa que para alguna cosa sea de provecho: ejercitan sus burlerías con cosas al parecer de burlas, como son habas mordidas, agujas sin puntas, alfileres sin cabeza, y cabellos cortados en crecientes ó menguantes de luna: usan de caracteres que no entienden, y si algo alcanzan tal vez de lo que pretenden, es no en virtud de sus simplicidades, sino porque Dios permite para mayor condenacion suya que el demonio las engañe; pero nosotras las que tenemos nombre de magas y de encantadoras, somos gente de mayor cuantía: tratamos con las estrellas, contemplamos el movimiento de los cielos, sabemos la virtud de las yerbas, de las plantas, de las piedras, de las palabras; y juntando lo activo á lo pasivo, parece que hacemos milagros, y nos atrevemos á hacer cosas tan estupendas, que causan admiración á las gentes; de donde nace nuestra buena ó mala fama: buena si hacemos bien con nuestra habilidad, mala si hacemos mal con ella; pero como la naturaleza parece que nos inclina ántes al mal que al bien, no podemos tener tan á raya los deseos, que no se deslicen á procurar el mal ajeno; que ¿quién quitará al airado y ofendido que no se vengue? ¿quién al amante desdafiado que no quiera, si puede, reducir á ser querido del que le aborrece? puesto que en mudar las voluntades, sacarlas de su quicio, como esto es ir contra el libre albedrío, no hay ciencia que lo pueda ni virtud de yerbas que lo alcance.

A todo esto que la española Cenotia decia, la estaba mirando Antonio, con deseo grande de saber qué suma tendria tan larga cuenta; pero la Cenotia prosiguió diciendo: Dígote en fin, bárbaro discreto, que la persecucion de los que llaman inquisidores, en España, me arrancó de mi patria; que cuando se sale por fuerza della, ántes se puede llamar arrancada, que salida: vine á esta isla por extraños rodeos, por infinitos peligros, casi siempre como si estuvieran cerca, volviendo la cabeza atras,

pensando que me mordian las faldas los perros, que aun hasta aquí temo: dime presto á conocer al rey antecesor de Policarpo, hice algunas maravillas, con que dejé maravillado al pueblo: procuré hacer vendible mi ciencia tan en mi provecho, que tengo juntos mas de treinta mil escudos en oro, y estando atenta á esta ganancia he vivido castamente, sin procurar otro algun deleite, ni le procurara, si mi buena ó mala fortuna no te hubieran traído á esta tierra, que en tu mano está darme la suerte que quisieres: si te parezco fea, yo haré de modo que me juzgues por hermosa; si son pocos treinta mil escudos que te ofrezco, alarga tu deseo, y ensancha los sacos de la codicia y los senos, y comienza desde luego á contar cuantos dineros acertares á desear; para tu servicio sacaré las perlas que encubren las conchas del mar, rendiré y traeré á tus manos las aves que rompen el aire; haré que te ofrezcan sus frutos las plantas de la tierra; haré que brote del abismo lo mas precioso que en él se encierra; haréte invencible en todo, blandito en la paz, temido en la guerra: en fin, enmendaré tu suerte de manera que seas siempre envidiado y no envidioso, y en cambio destes bienes que te he dicho, no te pido que seas mi esposo, sino que me recibas por tu esclava, que para ser tu esclava no es menester que me tengas voluntad, como para ser esposa; y como yo sea tuya, en cualquier modo que lo sea, viviré contenta: comienza pues, ó generoso mancebo, á mostrarte prudente mostrándote agradecido: mostrarte has prudente, si ántes que me agradezcas estos deseos, quisieres hacer experiencia de mis obras; y en señal de que así lo harás, alégrame el alma ahora con darme alguna señal de paz, dándome á tocar tu valerosa mano; y diciendo esto se levantó para ir á abrazarle. Antonio viendo lo cual, lleno de confusion como si fuera la mas retirada doncella del mundo, y como si enemigos combatieran el castillo de su honestidad, se puso á defenderle, y levantándose, fué á tomar su arco, que siempre, ó le traía consigo, ó le tenía junto á sí, y poniendo en él una flecha, hasta veinte pasos desviado de la enamorada le encaró la flecha. No le contentó mucho á la enamorada dama la postura amenazadora de muerte de Antonio, y por huir el golpe, desvió el cuerpo, y pasó la flecha volando por junto á la garganta (en esto mas bárbaro Antonio de lo que parecia en su traje): pero no fué el golpe de la flecha en vano, porque á este instante entraba por la puerta de la estancia el maldiciente Clodio, que le sirvió de blanco y le pasó la boca y la lengua, y le dejó la vida en perpetuo silencio: castigo merecido á sus muchas culpas. Volvió la Cenotia la cabeza, vió el mortal golpe que había hecho la flecha; temió la segunda, y sin aprovecharse de lo mucho que con su ciencia se prometia, llena de confusion y de miedo, tropezando aquí y cayendo allí, salió del aposento con intencion de vengarse del cruel y desamorado mozo.

CAPITULO X.

De la enfermedad que sobrevino á Antonio el mozo.

No le quedó sabrosa la mano á Antonio del golpe que había hecho, que aunque acertó errando, como no sabía las culpas de Clodio, y había visto las de la Cenotia, quisiera haber sido mejor certero: llegóse á Clodio por ver si le quedaban algunas reliquias de vida, y vió que todas se las había llevado la muerte; cayó en la cuenta de su yerro, y túvose verdaderamente por bárbaro: entró en

esto su padre, y viendo la sangre y el cuerpo muerto de Clodio, conoció por la flecha, que aquel golpe había sido hecho por la mano de su hijo. Preguntósele, y respondióle que sí; quiso saber la causa, y tambien se la dijo: admiróse el padre, y lleno de indignacion le dijo: Ven acá, bárbaro, si á los que te aman y te quieren procurar quitar la vida, ¿qué harás á los que te aborrecen? si tanto presumes de casto y honesto, defiende tu castidad y honestidad con el sufrimiento, que los peligros semejantes no se remedian con las armas, ni con esperar los encuentros, sino con huir dellos. Bien parece que no sabes lo que le sucedió á aquel mancebo hebreo, que dejó la capa en manos de la lasciva señora que le solicitaba: dejaras tú, ignorante, esa tosca piel que traes vestida; y ese arco con que presumes vencer á la misma valentía, no le armaras contra la blandura de una mujer rendida, que cuando lo está, rompe por cualquier inconveniente que á su deseo se oponga: si con esta condicion pasas adelante en el discurso de tu vida, por bárbaro serás tenido hasta que la acabes, de todos los que te conocieren. No digo yo que ofendas á Dios en ningún modo, sino que reprendas y no castigues á las que quisieren turbar tus honestos pensamientos; y aparéjate para mas de una batalla, que la verdura de tus años y el gallardorio de tu persona con muchas batallas te amenazan; y no pienses que has de ser siempre solicitado, que alguna vez solicitarás, y sin alcanzar tus deseos te alcanzará la muerte en ellos. Escuchaba Antonio á su padre, los ojos puestos en el suelo, tan vergonzoso como arrepentido. Y lo que le respondió, fué: No miré, señor, lo que hice, y pésame de haberlo hecho: procuraré enmendarme de aquí adelante, de modo que no parezca bárbaro por riguroso, ni lascivo por manso: dese orden de enterrar á Clodio, y de hacerle la satisfaccion mas conveniente que ser pudiere. Ya en esto había volado por el palacio la muerte de Clodio, pero no la causa della, porque la encubrió la enamorada Cenotia, diciendo solo, que sin saber por qué el bárbaro mozo le había muerto.

Llegó esta nueva á los oídos de Auristela, que aun se tenía el papel de Clodio en las manos, con intencion de mostrárselo á Periandro ó á Arnaldo, para que castigasen su atrevimiento; pero viendo que el cielo había tomado á su cargo el castigo, rompió el papel, y no quiso que saliesen á luz las culpas de los muertos: consideracion tan prudente como cristiana; y bien que Policarpo se alborotó con el suceso, teniéndose por ofendido de que nadie en su casa vengase sus injurias, no quiso averiguar el caso, sino remitiósele al príncipe Arnaldo, el cual á ruego de Auristela y al de Transila perdonó á Antonio, y mandó enterrar á Clodio, sin averiguar la culpa de su muerte, creyendo ser verdad lo que Antonio decia, que por yerro le había muerto, sin descubrir los pensamientos de Cenotia, porque á él no le tuviesen de todo en todo por bárbaro. Pasó el rumor del caso, enteraron á Clodio, quedó Auristela vengada, como si en su generoso pecho albergara género de venganza alguna, así como albergaba en el de la Cenotia, que bebia, como dicen, los vientos, imaginando cómo vengarse del cruel flechero, el cual de allí á dos dias se sintió mal dispuesto, y cayó en la cama con tanto descaecimiento, que los médicos dijeron que se le acababa la vida, sin conocer de qué enfermedad: lloraba Riela su madre, y su padre Antonio tenía de dolor el corazón consumido: no se po-

dia alegrar Auristela, ni Mauricio. Ladislao y Transila sentían la misma pesadumbre, viendo lo cual Policarpo acudió á su consejera Cenotia, y le rogó procurase algun remedio á la enfermedad de Antonio, la cual por no conocerla los médicos, ellos no sabían hallarle: ella le dió buenas esperanzas, asegurándole que de aquella enfermedad no moriría; pero que convenia dilatar algun tanto la cura: creyóla Policarpo como si se lo dijera un oráculo. De todos estos sucesos no le pesaba mucho á Sinforsosa, viendo que por ellos se detendría la partida de Periandro, en cuya vista tenia librado el alivio de su corazón: que puesto que deseaba que se partiese, pues no podia volver si no se partía, tanto gusto le daba el verle, que no quisiera que se partiera. Llegó una sazón y coyuntura, donde Policarpo y sus dos hijas, Arnaldo, Periandro y Auristela, Mauricio, Ladislao y Transila y Rutilio, que despues que escribió el billete á Policarpo, aunque le habia roto, de arrepentido andaba triste y pensativo, bien así como el culpado que piensa que cuantos le miran son sabidores de su culpa: digo que la compañía de los ya nombrados se halló en la estancia del enfermo Antonio, á quien todos fueron á visitar á pedimento de Auristela, que así á él como á sus padres los estimaba y queria mucho, obligada del beneficio que el mozo bárbaro le habia hecho cuando los sacó del fuego de la isla, y la llevó al serrallo de su padre: y mas que como en las comunes desventuras se reconcilian los ánimos y se traban las amistades, por haber sido tantas las que en compañía de Ricla y de Constanza y de los dos Antonios habia pasado, ya no solamente por obligacion, mas por eleccion y destino los amaba.

Estando pues juntos, como se ha dicho, un dia Sinforsosa rogó encarecidamente á Periandro les contase algunos sucesos de su vida, especialmente se holgaria de saber de dónde venia la primera vez que llegó á aquella isla, cuando ganó los premios de todos los juegos y fiestas que aquel dia se hicieron en memoria de haber sido el de la eleccion de su padre. A lo que Periandro respondió, que si haria, si se le permitiese comenzar el cuento de su historia, no del mismo principio, porque este no le podia decir ni descubrir á nadie, hasta verse en Roma con Auristela su hermana: todos le dijeron que hiciese su gusto, que de cualquier cosa que él dijese le recibirian; y el que mas contento sintió fué Arnaldo, creyendo descubrir, por lo que Periandro dijese, algo que descubriese quién era: con este salvoconducto Periandro dijo desta manera.

CAPITULO XI.

Cuenta Periandro el suceso de su viaje.

El principio y preámbulo de mi historia, ya que queréis, señores, que os la cuente, quiero que sea este: que nos contempleis á mi hermana y á mí, con una anciana ama suya embarcados en una nave, cuyo dueño, en lugar de parecer mercader, era un gran cosario; las riberas de una isla barriamos, quiero decir, que íbamos tan cerca della, que distintamente conocíamos, no solamente los árboles, pero sus diferencias: mi hermana, cansada de haber andado algunos dias por el mar, deseó salir á recrearse á la tierra, pidióselo al capitán, y como sus ruegos tienen siempre fuerza de mandamiento, consintió el capitán en el de su ruego, y en la pequeña barca de la nave con solo un marinero nos echó en tierra á mí

y á mi hermana y á Cloelia, que este era el nombre de su ama: al tomar tierra, vió el marinero que un pequeño rio por una pequeña boca entraba á dar al mar su tributo; hacíale sombra por una y otra ribera gran cantidad de verdes y hojosos arboles, á quien servian de cristalinós espejos sus transparentes aguas: rogámosle se entrase por el rio, pues la amenidad del sitio nos convidaba; hizolo así, y comenzó á subir por el rio arriba, y habiendo perdido de vista la nave, soltando los remos, se detuvo, y dijo: Mirad, señores, del modo que habeis de hacer este viaje, y haced cuenta que esta pequeña barca que ahora os lleva es vuestro navio, porque no habeis de volver mas al que en la mar os queda aguardando, si ya esta señora no quiere perder la honra, y vos, que decís que sois su hermano, la vida: díjome en fin, que el capitán del navio queria deshonorar á mi hermana y darme á mí la muerte, y que atendiésemos á nuestro remedio, que él nos seguiria y acompañaria en todo lugar y en todo acontecimiento: si nos turbamos con esta nueva, júzguelo el que estuviere acostumbrado á recibir las malas de los bienes que espera. Agradécile el aviso y ofrécele la recompensa cuando nos viésemos en mas felice estado: Ann bien, dijo Cloelia, que traigo conmigo las joyas de mi señora; y aconsejándonos los cuatro de lo que hacer debiamos, fué parecer del marinero que nos entrásemos el rio adentro, quizá descubririamos algun lugar que nos defendiese, si acaso los de la nave viniesen á buscarnos: mas no vendrán, dijo, porque no hay gente en todas estas islas, que no piense ser cosarios todos cuantos surcan estas riberas, y en viendo la nave ó naves, luego toman las armas para defenderse, y si no es con asaltos nocturnos y secretos nunca salen medrados los cosarios. Parecióme bien su consejo, tomé yo el un remo, y ayudéle á llevar el trabajo; subimos por el rio arriba, y habiendo andado como dos millas, llegó á nuestros oídos el son de muchos y varios instrumentos formado, y luego se nos ofreció á la vista una selva de árboles movibles, que de la una ribera á la otra lijeramente cruzaban; llegamos mas cerca y conocimos ser barcas enramadas lo que parecían árboles, y que el son le formaban los instrumentos que tañian los que en ellas iban.

Apénas nos hubieron descubierto, cuando se vinieron á nosotros, y rodearon nuestro barco por todas partes: levantóse en pié mi hermana, y echándose sus hermosos cabellos á las espaldas, tomados por la frente con una cinta leonada, ó listón, que le dió su ama, hizo de sí casi divina é improvisa muestra, que como despues supe por tal la tuvieron todos los que en las barcas venían, los cuales á voces, como dijo el marinero que las entendía, decían: ¿Qué es esto? Qué deidad es esta que viene á visitarnos, y á dar el parabien al pescador Carino y á la sin par Selviana de sus felicísimas bodas? Luego dieron cabo á nuestra barca, y nos llevaron á desembarcar no léjos del lugar donde nos habian encontrado. Apénas pusimos los piés en la ribera, cuando un escadron de pescadores, que así lo mostraban ser en su traje, nos rodearon, y uno por uno llenos de admiracion y reverencia llegaron á besar las orillas del vestido de Auristela, la cual, á pesar del temor que la congojaba de las nuevas que la habian dado, se mostró á aquel punto tan hermosa, que yo disculpé el error de aquellos que la tuvieron por divina. Poco desviados de la ribera vimos un tálamo en

gruesos troncos de sabina sustentado, cubierto de verde juncia, y oloroso con diversas flores que servian de alcáfitas al suelo: vimos ansimismo levantarse de unos asientos dos mujeres y dos hombres: ellas mozas y ellos gallardos mancebos: la una hermosa sobremanera, y la otra fea sobremanera: el uno gallardo y gentilhombre, y el otro no tanto, y todos cuatro se pusieron de rodillas ante Auristela, y el mas gentilhombre dijo: O tú, quien quiera que seas, que no puedes ser sino cosa del cielo, mi hermano y yo con el extremo á nuestras fuerzas posibles, te agradecemos esta merced que nos haces, honrando nuestras pobres y ya de hoy mas ricas bodas: ven, señora, y si en lugar de los palacios de cristal, que en el profundo mar dejás, como una de sus habitadoras, hallares en nuestros ranchos las paredes de conchas y los tejados de mimbres, ó por mejor decir, las paredes de mimbres, y los tejados de conchas, hallarás por lo ménos los deseos de oro, y las voluntades de perlas para servirte; y hago esta comparacion, que parece impropia, porque no hallo cosa mejor que el oro, ni mas hermosa que las perlas. Inclínose á abrazarle Auristela, confirmando con su gravedad, cortesía y hermosura la opinion que della tenían. El pescador ménos gallardo se apartó á dar órden á la demas turba á que levantasen las voces en alabanzas de la recién venida extranjera, y que tocasen todos los instrumentos en señal de regocijo. Las dos pescadoras, fea y hermosa, con sumision humilde besaron las manos á Auristela, y ella las abrazó cortés y amigablemente: el marinero (contentísimo del suceso), dió cuenta á los pescadores del navio, que en el mar quedaba, diciéndoles que era de cosarios, de quien se temia que habian de venir por aquella doncella, que era una principal señora, hija de reyes: que para mover los corazones á su defensa le pareció ser necesario levantar este testimonio á mi hermana. Apénas entendieron esto, cuando dejaron los instrumentos regocijados, y acudieron á los bélicos, que tocaron arma, arma, por entrambas riberas: llegó en esto la noche, recogímonos al mismo rancho de los desposados, pusieronse centinelas hasta la misma boca del rio, cebáronse las nasas, tendieronse las redes y acomodáronse los anzuelos, todo con intencion de regalar y servir á sus nuevos huéspedes; y por mas honrarlos, los dos recién desposados no quisieron aquella noche pasarla con sus esposas, sino dejar los ranchos solos á ellas y á Auristela y á Cloelia, y que ellos con sus amigos, conmigo y con el marinero se las hiciese guarda y centinela; y aunque sobraba la claridad del cielo, por la que ofrecia la de la creciente luna, y en la tierra ardian las hogueras que el nuevo regocijo habia encendido, quisieron los desposados que cenásemos en el campo los varones, y dentro del rancho las mujeres: hizose así, y fué la cena tan abundante que pareció que la tierra se quiso aventajar al mar, y el mar á la tierra, en ofrecer la una sus carnes y la otra sus pescados.

Acabada la cena, Carino me tomó por la mano, y paseándose conmigo por la ribera, despues de haber dado muestras de tener apasionada el alma, con sollozos y con suspiros, me dijo: Por tener milagrosa esta tu llegada á tal sazón y tal coyuntura, que con ella has dilatado mis bodas, tengo por cierto, que mi mal ha de tener remedio, mediante tu consejo; y así, aunque me tengas por loco y por hombre de mal conocimiento y de peor gusto, quiero que sepas que de aquellas dos pescadoras que has

visto, la una fea y la otra hermosa, á mí me ha cabido en suerte de que sea mi esposa la mas bella, que tiene por nombre Selviana; pero no sé qué te diga, ni sé qué disculpa dar de la culpa que tengo, ni del yerro que hago: yo adoro á Leoncia, que es la fea, sin poder ser parte á hacer otra cosa: con todo esto te quiero decir una verdad, sin que me engañe en creerla: que á los ojos de mi alma, por las virtudes que en la de Leoncia descubro, ella es la mas hermosa mujer del mundo; y hay mas en esto, que de Solercio, que es el nombre del otro desposado, tengo mas de un barrunto que muere por Selviana, de modo que nuestras cuatro voluntades están trocadas, y esto ha sido por querer todos cuatro obedecer á nuestros padres y á nuestros parientes, que han concertado estos matrimonios; y no puedo yo pensar en qué razon se consiente que la carga que ha de durar toda la vida se la eche el hombre sobre sus hombros, no por el suyo, sino por el gusto ajeno; y aunque esta tarde habiamos de dar el consentimiento y el sí del cautiverio de nuestras voluntades, no por industria, sino por ordenacion del cielo, que así lo quiero creer, se estorbó con vuestra venida, de modo que aun nos queda tiempo para enmenrar nuestra ventura, y para esto te pido consejo, pues como extranjero, y no parcial de ninguno, sabrás aconsejarme; porque tengo determinado, que si no se descubre alguna senda que me lleve á mi remedio, de ausentarme destas riberas, y no parecer en ellas, en tanto que la vida me durare, ora mis padres se enojen, ó mis parientes me riñan, ó mis amigos se enfaden.

Atentamente le estuve escuchando, y de improviso me vino á la memoria su remedio, y á la lengua estas mismas palabras. No hay para qué te ausentes, amigos, á lo ménos no ha de ser ántes que yo hable con mi hermana Auristela, que es aquella hermosísima doncella que has visto: ella es tan discreta, que parece que tiene entendimiento divino, como tiene hermosura divina: con esto nos volvimos á los ranchos, y yo conté á mi hermana todo lo que con el pescador habia pasado, y ella halló en su discrecion el modo como sacar verdaderas mis palabras, y el contento de todos; y fué que apartándose con Leoncia y Selviana á una parte, les dijo: Sabed, amigas, que de hoy mas lo habeis de ser verdaderas mias, que juntamente con este buen parecer que el cielo me ha dado, me dotó de un entendimiento perspicaz y agudo, de tal modo que viendo el rostro de una persona le leo el alma, y le adivino los pensamientos: para prueba desta verdad, os presentaré á vosotras por testigos: tú, Leoncia, mueres por Carino, y tú, Selviana, por Solercio; la virginal vergüenza os tiene mudas, pero por mi lengua se romperá vuestro silencio, y por mi consejo, que sin duda alguna será admitido, se igualarán vuestros deseos: callad, y dejadme hacer, que ó yo no tendré discrecion, ó vosotras tendréis felice fin en vuestros deseos. Ellas sin responder palabra, sino con besarla infinitas veces las manos, y abrazándola estrechamente, confirmaron ser verdad cuanto habia dicho, especialmente en lo de sus trocadas aficiones. Pasóse la noche, vino el dia cuya alboroda fué regocijadísima, porque con nuevos y verdes ramos parecieron adornadas las barcas de los pescadores, sonaron los instrumentos con nuevos y alegres sonos, alzaron las voces todos, con que se aumentó la alegría, salieron los desposados para irse á poner en el tálamo, donde habian estado el dia de ántes, vistieronse

Selviana y Leoncia de nuevas ropas de boda, mi hermana de industria se aderezó y compuso con los mismos vestidos que tenía; y con ponerse una cruz de diamantes sobre su hermosa frente, y unas perlas en sus orejas, joyas de tanto valor que hasta ahora nadie les ha sabido dar su justo precio, como lo veréis cuando os las enseñe, mostró ser imagen sobre el mortal curso levantada; llevaba asidas de las manos á Selviana y á Leoncia, y puesta encima del teatro, donde el tálamo estaba, llamó y hizo llegar junto á sí á Carino y á Solercio: Carino llegó temblando y confuso de no saber lo que yo había negociado, y estando ya el sacerdote á punto para darles las manos, y hacer las católicas ceremonias que se usan, mi hermana hizo señales que la escuchasen; luego se extendió un mudo silencio por toda la gente, tan callado que apenas los aires se movían. Viéndose pues prestar grato oído de todos, dijo en alta y sonora voz: Esto quiere el cielo; y tomando por la mano á Selviana, se la entregó á Solercio, y asiendo de la de Leoncia, se la dió á Carino. Esto, señores, prosiguió mi hermana, es, como ya he dicho, ordenación del cielo, y gusto no accidental, sino propio destes venturosos desposados, como lo muestra la alegría de sus rostros, y el sí que pronuncian sus lenguas. Abrazáronse los cuatro, con cuya señal todos los circunstantes aprobaron su trueco, y confirmaron, como ya he dicho, ser sobrenatural el entendimiento y belleza de mi hermana, pues así había trocado aquellos casi hechos casamientos, con solo mandarlo. Celebróse la fiesta, y luego salieron de entre las barcas del río cuatro despalmadas, vistosas por las diversas colores con que venían pintadas, y los remos que eran seis de cada banda; ni más ni menos las banderetas, que venían muchas por los filaretos, asimismo eran de varias colores; los doce remos de cada una venían vestidos de blanquísimo y delgado lienzo, de aquel mismo modo que yo vine cuando entré la vez primera en esta isla: luego conocí que querían las barcas correr el palio, que se mostraba puesto en el árbol de otra barca desviada de las cuatro como tres carreras de caballo: era el palio de tafetan verde, listado de oro, vistoso y grande, pues alcanzaba á besar y aun á pasearse por las aguas.

El rumor de la gente y el son de los instrumentos era tan grande, que no se dejaba entender lo que mandaba el capitán del mar, que en otra pintada barca venía: apartáronse las enramadas barcas á una y otra parte del río, dejando un espacio llano en medio, por donde las cuatro competidoras barcas volasen sin estorbar la vista á la infinita gente que desde el tálamo y desde ambas riberas estaba atenta á mirarlas; y estando ya los bogadores asidos de las manillas de los remos, descubiertos los brazos, donde se parecían los gruesos nervios, las anchas venas y los torcidos músculos, atendían la señal de la partida, impacientes por la tardanza, y fogosos, bien así como lo suele estar el generoso can de Irlanda, cuando su dueño no le quiere soltar de la trailla á hacer la presa que á la vista se le muestra. Llegó en fin la señal esperada, y á un mismo tiempo arrancaron todas cuatro barcas, que no por el agua, sino por el viento parecía que volaban: una dellas, que llevaba por insignia un vendado Cupido, se adelantó de las demás casi tres cuerpos de la misma barca, cuya ventaja dió esperanza á todos cuantos la miraban de que ella sería la primera que llegase á ganar el deseado premio: otra que venía tras

ella iba alentando sus esperanzas, confiada en el tesón durísimo de sus remeros; pero viendo que la primera en ningún modo desmayaba, estuvieron por soltar los remos sus bogadores: pero son diferentes los fines y acontecimientos de las cosas de aquello que se imagina; porque aunque es ley de los combates y contiendas, que ninguno de los que miran favorezca á ninguna de las partes con señales, con voces ó con otro algún género que parezca que pueda servir de aviso al combatiente, viendo la gente de la ribera que la barca de la insignia de Cupido se aventajaba tanto á las demás, sin mirar á leyes, creyendo que ya la victoria era suya, dijeron á voces muchos: Cupido vence, el Amor es invencible. A cuyas voces, por escuchallas parece que aflojaron un tanto los remeros del Amor. Aprovechóse desta ocasión la segunda barca, que detras de la del Amor venía, la cual traía por insignia al Interes en figura de un gigante pequeño, pero muy ricamente aderezado, y impelió los remos con tanta fuerza, que llegó á igualarse el Interes con el Amor, y arimándosele á un costado, le hizo pedazos todos los remos de la diestra banda, habiendo primero la del Interes recogido los suyos y pasado adelante, dejando burladas las esperanzas de los que primero habían cantado la victoria por el Amor, y volvieron á decir: El Interes vence, el Interes vence. La barca tercera traía por insignia á la Diligencia, en figura de una mujer desnuda, llena de alas por todo el cuerpo, que á traer trompeta en las manos, ántes pareciera Fama que Diligencia: viendo el buen suceso del Interes, alentó su confianza, y sus remeros se esforzaron de modo que llegaron á igualar con el Interes; pero por el mal gobierno del timonero se embarzó con las dos barcas primeras de modo que los unos ni los otros remos fueron de provecho. Viendo lo cual la postrera, que traía por insignia á la buena Fortuna, cuando estaba desmayada y casi para dejar la empresa, viendo el intrincado enredo de las demás barcas, desviándose algún tanto dellas por no caer en el mismo embarazo, apretó, como decirse suele, los puños, y desliziéndose por un lado pasó delante de todas. Cambiáronse los gritos de los que miraban, cuyas voces sirvieron de aliento á sus bogadores, que embobados en el gusto de verse mejorados les parecía que si los que quedaban atrás entónces, les llevaran la misma ventaja no dudaran de alcanzarlos ni de ganar el premio, como lo ganaron, más por ventura que por lijereza.

En fin, la buena Fortuna fué la que la tuvo buena entónces, y la mia de agora no lo sería si yo adelante pasase con el cuento de mis muchos y extraños sucesos. Y así os ruego, señores, dejemos esto en este punto, que esta noche le daré fin, si es posible que le puedan tener mis desventuras. Esto dijo Periandro á tiempo que al enfermo Antonio le tomó un terrible desmayo, viendo lo cual su padre, casi como adevino de dónde procedía, los dejó á todos, y se fué, como despues parecerá, á buscar á la Cenotia, con la cual le sucedió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XII.

De cómo Cenotia deshizo los hechizos para que sanase Antonio el mozo; pero aconseja al rey Policarpo no deje salir de su reino á Arnaldo y los demás de su compañía.

Paréceme que si no se arrimara la paciencia al gusto que tenían Arnaldo y Policarpo de mirar á Auristela, y

Sinfrosa de ver á Periandro, ya la hubieran perdido escuchando su larga plática, de quien juzgaron Mauricio y Ladislao que había sido algo larga y traída no muy á propósito, pues para contar sus desgracias propias no había para qué contar los placeres ajenos: con todo eso, les dió gusto y quedaron con él esperando oír el fin de su historia, por el donaire siquiera y buen estilo con que Periandro la contaba. Halló Antonio el padre á la Cenotia, que buscaba en la cámara del Rey por lo ménos, y en viéndola, puesta una desenvainada daga en las manos, con cólera española y discurso ciego arremetió á ella, y asiéndola del brazo izquierdo y levantando la daga en alto, la dijo: Dame, ó hechicera, á mi hijo vivo y sano, y luego, si no, haz cuenta que el punto de tu muerte ha llegado; mira si tienes su vida envuelta en algun envoltorio de agujas sin ojos ó de alfileres sin cabezas: mira, ó pérfida, si la tienes escondida en algun quicio de puerta ó en alguna otra parte que solo tú lo sabes. Pasmóse Cenotia viendo que la amenazaba una daga desnuda en las manos de un español cólerico, y temblando le prometió de darle la vida y salud de su hijo, y aun le prometiera de darle la salud de todo el mundo si se la pidiera: de tal manera se le había entrado el temor en el alma, y así le dijo: Suéltame, español, y envaina tu acero, que los que tiene tu hijo le han conducido al término en que está; y pues sabes que las mujeres somos naturalmente vengativas, y mas cuando nos llama á la venganza el desden y el menosprecio, no te maravilles si la dureza de tu hijo me ha endurecido el pecho; aconséjale que se humane de aquí adelante con los rendidos, y no menosprecie á los que piedad le pidieren, y véte en paz, que mañana estará tu hijo en disposición de levantarse bueno y sano. Cuando así no sea, respondió Antonio, ni á mí me faltará industria para hallarte, ni cólera para quitarte la vida; y con esto la dejó, y ella quedó tan entregada al miedo, que olvidándose de todo agravio, sacó del quicio de una puerta los hechizos que había preparado para consumir la vida poco á poco del riguroso mozo, que con los de su donaire y gentileza la tenía rendida. Apenas hubo sacado la Cenotia sus endemoniados preparamentos de la puerta, cuando salió la salud perdida de Antonio á plaza, cobrando en su rostro las primeras colores, los ojos vista alegre y las desmayadas fuerzas esforzado brio, de lo que recibieron general contento cuantos le conocían, y estando con él á solas su padre le dijo: En todo cuanto quiero agora decirte, ó hijo, quiero advertirte que adviertas que se encaminan mis razones á aconsejarte que no ofendas á Dios en ninguna manera, y bien habrás echado de ver esto en quince ó diez y seis años que há que te enseño la ley que mis padres me enseñaron, que es la católica, la verdadera y en la que se han de salvar y se han salvado todos los que han entrado hasta aquí y han de entrar de aquí adelante en el reino de los cielos: esta santa ley nos enseña que no estamos obligados á castigar á los que nos ofenden, sino á aconsejarlos la enmienda de sus delitos; que el castigo toca al juez, y la reprensión á todos, como sea con las condiciones que despues te diré: cuando te convidaren á hacer ofensas que redunden ende servicio de Dios, no tienes para qué armar el arco ni disparar flechas, ni decir injuriosas palabras, que con no recibir el consejo y apartarte de la ocasión, quedarás vencedor de la pelea, y libre y seguro de verte otra vez en el trance que ahora

te has visto: la Cenotia te tenía hechizado, y con hechizos de tiempo señalado, poco á poco en ménos de diez dias perderas la vida, si Dios y mi buena diligencia no lo hubieran estorbado; y veinte conmigo porque alegres á todos tus amigos con tu vista, y escuchemos los sucesos de Periandro, que los ha de acabar de contar esta noche. Prometióle Antonio á su padre de poner en obra todos sus consejos con el ayuda de Dios, á pesar de todas las persuasiones y lazos que contra su honestidad le armasen.

La Cenotia en esto, corrida, afrentada y lastimada de la soberbia desamorada del hijo, y de la temeridad y cólera del padre, quiso por mano ajena vengar su agravio, sin privarse de la presencia de su desamorado bárbaro, y con este pensamiento y resuelta determinación se fué al rey Policarpo, y le dijo: Ya sabes, señor, cómo despues que vine á tu casa y á tu servicio, siempre he procurado no apartarme en él con la solicitud posible: sabes tambien, fiado en la verdad que de mí tienes conocida, que me tienes hecha archivo de tus secretos, y sabes como prudente, que en los casos propios, y mas si se ponen de por medio deseos amorosos, suelen errarse los discursos que al parecer van mas acertados, y por esto querría que en el que ahora tienes hecho de dejar ir libremente á Arnaldo y á toda su compañía, vas fuera de toda razón y de todo término. Dime: si no puedes presente rendir á Auristela, ¿cómo la rendirás ausente? ¿Y cómo querrá ella cumplir su palabra, volviendo á tomar por esposo á un varón anciano, que en efecto lo eres (que las verdades que uno conoce de sí mismo no nos pueden engañar), teniendo ella de su mano á Periandro, que podría ser que no fuese su hermano, y Arnaldo, príncipe mozo y que no la quiere para ménos que para ser su esposa? No dejes, señor, que la ocasión que agora se te ofrece, te vuelva la calva en lugar de la guedeja, y puedes tomar ocasión de detenerlos, de querer castigar la insolencia y atrevimiento que tuvo este monstruo bárbaro que viene en su compañía, de matar en tu misma casa á aquel que dicen que se llamaba Clodio, que si así lo haces, alcanzarás fama que alberga en tu pecho, no el favor, sino la justicia. Estaba escuchando Policarpo atentísimamente á la maliciosa Cenotia, que con cada palabra que le decía le atravesaba como si fuera con agudos clavos el corazón, y luego luego quisiera correr á poner en efecto sus consejos; ya le parecía ver á Auristela en brazos de Periandro, no como en los de su hermano, sino como en los de su amante; ya se la contemplaba con la corona en la cabeza del reino de Dinamarca, y que Arnaldo hacia burla de sus amorosos disínios: en fin, la rabia de la endemoniada enfermedad de los celos se le apoderó del alma en tal manera, que estuvo por dar voces y pedir venganza de quien en ninguna cosa le había ofendido; pero viendo la Cenotia cuán sazonado le tenía, y cuán pronto para ejecutar todo aquello que mas le quisiese aconsejar, le dijo, que se sosegase por entónces, y que esperasen á que aquella noche acabase de contar Periandro su historia, porque el tiempo se le diese de pensar lo que mas convenia.

Agradecióselo Policarpo, y ella cruel y enamorada, daba trazas en su pensamiento, como cumplierse el deseo del Rey y el suyo: llegóse en esto la noche, juntáronse á conversacion como la vez pasada; volvió Periandro á repetir algunas palabras ántes dichas, para que viniese